

HACE 25 AÑOS QUE TENGO 30 AÑOS

Desde que hace cuatro años empezara a escribir *Una vida sin fin*, libro sobre los avances científicos para vencer a la muerte que ahora se publica en español, Frédéric Beigbeder ha experimentado grandes cambios vitales, mayores incluso de los que ha sufrido desde que hace más de dos décadas se erigiera en el gran vividor de las letras francesas. Se ha mudado al campo, cultiva fresas y busca respuestas a las más complicadas preguntas: las que te plantean tus hijos

texto

Miquel Echarri

fotografía

Adrià Cañameras

ICON 04/04/20



Frédéric Beigbeder, que posa para ICON en el Instituto Francés de Barcelona, dice haber abrazado una nueva filosofía política que define con humor como "fascismo verde".

ICON 04/04/20

El escritor francés tiene tres hijos. "Sencillamente, no puedo permitirme el lujo de ser pesimista", señala acerca del futuro.



fredédéric Beigbeder se recuerda con 30 años asomado al vértigo de la vida, “durmiendo con modelos guapísimas, probando todas las drogas, exprimiendo la noche”, renunciando a su rutilante carrera de publicista y escribiendo novelas viscerales, como *El amor dura tres años o 13,99 euros*, que hicieron mucho ruido y le auparon al trono de joven turco de las letras francesas. De eso hace ya 25 años, un cuarto de siglo que a este parisino de origen bearnés se le ha pasado en un suspiro. “Yo era un narcisista infeliz”, nos cuenta en el Instituto Francés de Barcelona, al que ha acudido a presentar la edición en castellano de *Una vida sin fin* (Anagrama), más de 300 páginas dedicadas a la muerte. “Si pudiese hablar con el Fred de 30 años, le diría que se tranquilizase, que se quisiese un poco más, que la vida es una carrera de fondo y que no se llega a ninguna parte huyendo de uno mismo. Y también que maltratase un poco menos el cuerpo que compartimos, que es la herramienta que yo necesito ahora para seguir viviendo y escribiendo”.

Una vida sin fin empezó a germinar hace cuatro años, cuando su hija menor le desarmó con una pregunta a bocajarro: “¿Papá, tú y yo también nos moriremos?”. “Le di una respuesta que es el colmo de la inmadurez. Le dije que, aunque es cierto que la gente se viene muriendo desde el principio de los tiempos, ella y yo viviríamos para siempre”. En cierto sentido, su libro es el intento de justificar esa mentira no del todo piadosa. “Aquello despertó mi interés por lo que llamo la ciencia de la inmortalidad. Transfusiones de sangre, secuencias de ADN, células madre, transhumanismo... Identifiqué hasta ocho campos del conocimiento científico en que la inmortalidad o, al menos, una vida mucho más larga que la actual, parecen ahora mismo un horizonte plausible”. Novela de ciencia no-ficción, con retazos de autobiografía y de crónica periodística, *Una vida sin fin* narra un periplo de año y medio por lugares como Jerusalén, Nueva York o Ginebra, adonde acude para entrevistar a los gurús de la inmortalidad, científicos capaces de reprogramar nuestras células, implantarnos un nuevo estómago hecho con una impresora 3D o hacer uso de la inteligencia artificial para transformarnos en una insólita fusión de hombre y máquina. “Les propuse convertirles en personajes de una novela a cambio de que compartiesen sus conocimientos con un completo profano como yo. Muchos de

ellos, supongo que los más locos y los más curiosos, aceptaron entrar cen el juego porque se sienten como debió sentirse Cristóbal Colón: han descubierto América, se han asomado a una nueva realidad asombrosa y necesitan compartir su descubrimiento con el resto del mundo”. Tras entrevistarse con ellos, Beigbeder llegó a una conclusión inquietante: “Voy a llegar tarde a mi cita con la inmortalidad”, deja caer con humor corrosivo. “Los que lleguen en buen estado de salud a 2050 vivirán hasta los 300 años o ya nunca morirán, pero los nacidos en los sesenta vamos a ser una de las últimas generaciones mortales del planeta. Es un honor, pero también una mierda”.

La novela fue un éxito en Francia, pero su autor lamenta que apenas generase debate. “Con mi reputación de escritor kamikaze resulta complicado que me tomen en serio”, bromea, “pero tarde o temprano tendremos que dar una respuesta a las cuestiones éticas, científicas y políticas que planteo”. Por ejemplo, si las terapias de rejuvenecimiento por transfusión sanguínea convierten la sangre de los jóvenes en una valiosa mercancía, no cabe duda de que los ancianos multimillonarios estarán dispuestos a gastarse fortunas en acapararla. “Y cruzarán todas las barreras morales concebibles, claro”, añade Beigbeder, “como ha hecho siempre la gente asquerosamente rica”. Aunque el debate principal tal vez sea si merece la pena perseguir la inmortalidad individual a través de la ciencia cuando es el futuro de la humanidad y del planeta Tierra lo que está en peligro. “Muchos de mis interlocutores insistieron en esta cuestión, nos estamos embarcando en un pulso frenético por ver quién sobrevive a quién, si el planeta es capaz de librarse de nosotros o si acabamos destruyéndolo y emigramos a otra galaxia llevándonos nuestro instinto depredador”.

Sus tres hijos tal vez lleguen a conocer la inmortalidad, pero él intuye que el precio a pagar será “dejar de ser completamente humanos para convertirse en otra cosa”. ¿No vale la pena? Al Beigbeder de hace 25 años le contestaría “que el reto no consiste en vivir para siempre, sino en vivir con plenitud y envejecer de manera digna”. Lo que las células madres no pueden hacer por ti, tal vez puedan hacerlo “el amor, la familia, el activismo, la filosofía...”. O la literatura, esa inmortalidad de bolsillo. “Tampoco me hago grandes ilusiones en ese sentido”, remata, jocoso, Beigbeder, “me conformaría con que mis libros me sobreviviesen 20 años”. *

“SI PUDIESE HABLAR CON EL FRED DE 30 AÑOS, LE DIRÍA QUE MALTRATASE UN POCO MENOS EL CUERPO, QUE ES LA HERRAMIENTA QUE YO NECESITO AHORA PARA VIVIR Y ESCRIBIR”